



1. El paso de Salkantay, a 4.600 metros sobre el nivel del mar, supone el punto más alto de la ruta. 2. Chaullay, tras el descenso del paso de Salkantay, muestra la jungla peruana en todo su esplendor. 3. Salkantaypampa, donde los glaciares dan lugar a lagos. 4. En cualquier momento de la caminata, el viajero encuentra avituallamiento en cabañas que hacen las veces de tienda. 5. Machu Picchu, el destino final del viaje, la recompensa a los días de esfuerzo.

Porque ahí está uno de los grandes secretos de esta ruta, el cambio de escenario es constante. Los defensores de Salkantay suelen subrayar la variedad de su paisaje como punto diferenciador respecto al Camino Inca, que transcurre por escenarios selváticos, algo monótonos, durante todas sus etapas. Al alcanzar Chaullay (2.900 metros) el paisaje se ha convertido en un valle frondoso, rebosante de vegetación. Nada que ver con lo que se ha visto apenas tres horas antes.

El tercer día permite rebajar la intensidad. La altitud y los kilómetros de ejercicio descienden al mismo tiempo. Colpapampa, Lluscamayo y, finalmente, La Playa (sobrenombre puesto por los niños de la zona que se bañan sin preocupaciones en el río) permiten observar un bosque en todo su esplendor. Bienvenidos a la jungla. El viajero ya se ha acercado a los 2.000 metros de altitud. Es aquí donde el repelente para los insectos se convierte en un bien de primera necesidad. Especialmente al atardecer.

Las agencias permiten en este punto dos opciones. La primera es dar por finalizado el trekking. Un coche acercará al viajero a la estación de trenes de Hidroeléctrica y el vagón le dejará en Aguas Calientes, a pie de

Machu Picchu. También existe la opción de alargar la caminata un día más y alcanzar el destino a pie.

Una vez llegado a Aguas Calientes, el pensamiento se fija ineludiblemente en los incas. Machu Picchu es un mundo diferente. Patrimonio de la Humanidad para la Unesco, una de las siete maravillas del mundo moderno y reclamo principal de Perú (acoge unos 600.000 visitantes al año) surge en un enclave inigualable. Aquel que permaneció oculto hasta para los conquistadores españoles. Cualquier indicación acerca de las ruinas quedará anulada al comprobar in situ su atractivo.

Para mayor disfrute se recomienda un último esfuerzo. Toca levantarse a las 04.30 horas para asegurarse uno de los primeros autobuses de la mañana. A las 06.00 Machu Picchu abre sus puertas y permite a los más madrugadores la indescriptible sensación de ver amanecer ante las ruinas. Para los viajeros más previsores (hay que reservar entrada con unos seis meses de antelación) se abre una última oportunidad, ascender el colosal Huayna Picchu, unos 45 minutos de escaleras que desafían a la gravedad, para disfrutar de la vista más privilegiada de un primoroso enclave.

Viaje en moto por Sudamérica (I)

Del Cristo de los Andes al Estrecho de Magallanes

El espinazo de América Latina y la Ruta 40 argentina trazan el camino hacia el extremo último del continente

◆ Miquel Silvestre

Los dos dioses de los Andes. Los Andes son una cordillera mítica. El espinazo de América Latina. Una columna vertebral que recorre el continente de Norte a Sur como una bisectriz inexpugnable. Altos, escarpados, feroces e indomables.

Los Andes son emblema del nuevo mundo, pero también la cuna del viejo mundo amerindio. Las civilizaciones precolombinas más avanzadas se ubicaron en los altos de estas montañas. Los incas construyeron su imperio en los Andes. Por eso las rutas de los descubridores buscan las cumbres. La exploración española no tomó el camino fácil del Atlántico, cuya costa es suave y acogedora, de bahías calmas y planas ensenadas. Al contrario, los exploradores cruzaron el istmo de Panamá para atacar el continente por su lado difícil, por el Pacífico, de costas abruptas y muy agitadas.

Nuestro viaje comienza visitando los dos dioses de los Andes. Uno es el Cristo Redentor de los Andes, grandiosa estatua de bronce ubicada en la linde fronteriza entre Chile y Argentina, inaugurada en 1904 como símbolo de la paz entre los dos vecinos que a punto estuvieron de entablar una guerra por los límites andinos de sus respectivas soberanías.

El otro es el Aconcagua, pico más alto de América, de 6.962 metros de altura y que simboliza con sus caras brillantes de nieve a los mismísimos Andes. Ante él recuerdo a los alpinistas que arriesgan la vida en pos de una cumbre cuando sobre ella no hay oro, ni riqueza ni nada más que el límite personal de uno mismo triturado y vencido.

La Ruta 40. Existen algunas carreteras que son algo más. Son símbolos. Los viajeros las conocemos por su nombre de pila porque las hemos recorrido o porque soñamos con recorrerlas. Ruta 66, Moyale Road, Karakorum Highway, Trollstigen... Forman parte de nuestro mundo particular y las tratamos como a familiares directos. Son como las personas que conocemos bien; unas son divertidas, otras insoportables y otras las dos cosas al mismo tiempo, cielo e infierno hecho arañazo en la tierra. La Ruta 40 argentina, una de esas que son cielo e infierno al mismo tiempo y que nos llevará a través de la Patagonia hasta el extremo sur del continente.

El día que robé a Magallanes. La primera vez que se constató que desplazarse puede engañar al tiempo fue durante la expedición de Magallanes/Elcano. Julio Verne sólo tuvo que cambiar el sentido del desplazamiento para hacer ganar la apuesta a Willy Fog.

Hernando de Magallanes era portugués, obedecía a un rey alemán, servía a España, creía en Dios y se guiaba por la fe en sí mismo de todos los genios y los fanáticos. La tierra era redonda, América era un nuevo continente y no las Indias, como afirmaba Cristóbal Colón, y a las especias se podría llegar encontrando un paso del Atlántico al Mar del Sur que había visto en Panamá un extremeño llamado Vasco Núñez de Balboa.



Miquel Silvestre, con los Andes al fondo.

La Ruta 40 argentina es el cielo y el infierno al mismo tiempo y nos llevará a través de la Patagonia hasta el final del Sur

Cuando Magallanes encontró el ansiado pasaje en el más recóndito sur de América ya había perdido casi todos sus barcos, a casi todos sus hombres, había sofocado una rebelión, ajusticiado a un sedicioso, desterrado a un cura y superado terribles tormentas. Por eso no es de extrañar que al encontrar por fin un poco de paz, llamara Pacífico al nuevo océano que se abría ante él. No iba a disfrutar mucho de su hallazgo, poco después se dejaría matar en un estúpido lance con los indígenas filipinos en la isla de Mactán.

Juan Sebastián Elcano tomó el mando de la nao "Victoria". Cuenta Pigafetta, el veneciano de bordo, que cuando llegaron a Cabo Verde, en la costa oeste africana, exhaustos y enfermos, preguntaron a los colonos portugueses qué día era. "Miércoles", contestaron, para enorme sorpresa de los navegantes, cuyo diario señalaba martes. El viaje alrededor del mundo engaña al tiempo. La navegación hacia Occidente les había robado un día de vida.

Los que alguna vez hemos dado la vuelta al mundo viajando hacia Oriente llevamos en la bodega un montón de recuerdos y también un día de más. En mis noches más tormentosas de cerveza y soledad sueño que quizá el mío es el que perdió Magallanes en aquella isla filipina.